

AA. VV.

# Construir la paz

Los discursos de  
las mujeres  
Premio Nobel  
de la Paz

ENSAYO

## NOTA A LA EDICIÓN

Este volumen recoge los discursos pronunciados por todas las mujeres galardonadas con el Premio Nobel de la Paz entre 1906 y 2021. Son dieciocho mujeres, pero dieciséis discursos, ya que una de ellas, Jane Addams, jamás llegó a pronunciar el suyo ni a recoger el premio, y otra, Mairead Corrigan, galardonada junto con Betty Williams, tampoco lo pronunció. Los textos proceden de la versión inglesa de la página web de la Fundación Nobel, que los publica en dicha lengua. Por lo tanto, del inglés se han traducido, salvo el de la guatemalteca Rigoberta Menchú, quien lo pronunció en castellano.

# Bertha von Suttner\*

*18 de abril de 1906*

## **Los progresos del Movimiento por la Paz**

Las estrellas de la verdad y la libertad eternas siempre han brillado en el firmamento de la comprensión humana. Ha sido largo el proceso de traerlas a la tierra, remodelarlas en formas prácticas, imbuirlas de vitalidad y después hacer uso de ellas.

Una de las verdades eternas es que la felicidad nace y se desarrolla con la paz, y uno de los derechos inmutables es el derecho a la vida. El más fuerte de los instintos, el que nos impulsa a la autoconservación, supone una confirmación de este derecho, y lo corrobora y sanciona el quinto de los Diez Mandamientos: «No matarás».

No hace falta señalar cuán poco se respetan este derecho y el quinto mandamiento en la sociedad actual. Hasta el día de hoy, nuestra organización militar se ha fundado alrededor del rechazo a la posibilidad de paz, el desprecio al valor de la vida humana y en la aceptación de la necesidad de matar.

\* «Por su audaz oposición frente a los horrores de la guerra».

Y como es así desde que la historia es historia (¿y cuán breve es nuestro tiempo?, ¿qué son unos pocos miles de años?), la mayoría cree que así debe seguir siendo. No todos se dan cuenta de que el mundo está siempre en constante cambio y en constante desarrollo, pues la teoría de la evolución de las especies, que atañe a todo lo creado y afecta a la evolución geológica de la Tierra y social del hombre, forma parte de nuestro conocimiento científico desde hace poco.

Es un error creer que el futuro necesariamente continuará las tendencias del pasado y del presente. El pasado y el presente se alejan de nosotros en la corriente del tiempo como el paisaje que se observa en las orillas del río, ya que el buque que lleva a la humanidad es soportado inexorablemente por la corriente hacia nuevas orillas.

Que el futuro siempre será algo mejor que lo pasado y dejado atrás es la convicción de quienes aceptan las leyes de la evolución y tratan de seguir sus leyes. Solo con la comprensión y con la aplicación deliberada de las leyes y las fuerzas naturales, sea en el campo material sea en el campo moral, se conseguirán los avances tecnológicos y las instituciones sociales que harán mejores nuestras vidas, más ricas y nobles. Se les llama ideales siempre que existan en el ámbito de las ideas; se presentan como logros del progreso tan pronto se transforman en formas visibles, vivas y efectivas.

«Si me mantiene informado de cómo evoluciona y advierto que el Movimiento por la Paz camina por el sendero de lo práctico, lo financiaré».

Estas palabras las pronunció el eminente escandinavo que me ha dado la oportunidad de estar hoy ante ustedes, señoras y señores. Alfred Nobel las pronunció cuando mi marido y yo fuimos a visitarlo a Berna en 1892 durante la celebración de un congreso por la paz.

Con este deseo demostraba que se había ido convenciendo de que el movimiento había dejado el mundo de las sombras de las teorías piadosas y aparecía luminoso entre objetivos realistas y alcanzables. Reconoció la ciencia y la literatura de los ideales como actividades que fomentan la cultura y mejoran la civilización. Con estas metas definió los valores y los objetivos que deben perseguir los congresos por la paz: conseguir la justicia universal y la reducción del tamaño de los ejércitos.

Alfred Nobel pensaba que los cambios sociales se suceden lentamente y, a veces, a través de acciones indirectas. Donó ochenta mil francos a la expedición de Andrée que pretendía cruzar el Polo Norte. Me escribió para decirme que un logro así podría contribuir a la paz más de lo que yo pudiera imaginar. «Si Andrée alcanza el objetivo, aunque lo logre solo a medias, será uno de esos éxitos que alimentan un torrente de opiniones y de entusiasmos, que a su vez preparan el camino para la creación y aceptación de nuevas ideas y reformas».

Pero Nobel vio también un camino más corto y directo ante él. Me escribió en otra ocasión: «Podría y debería llegar pronto el momento en que todos los Estados agrupen sus fuerzas para atacar a un Estado invasor. Esto haría imposibles las guerras y obligaría hasta a la potencia más brutal e irracional a aceptar un tribunal de arbitraje, o incluso a desistir de la agresión. Si la Triple Alianza acogiera a todos los países en lugar de solo a tres, tendríamos paz asegurada durante siglos».

Alfred Nobel no llegó a vivir lo suficiente como para poder ver el gran progreso y los decisivos acontecimientos que llevaron a darle vida a la idea de la paz mundial y que esta fuera acogida en el ideario de muchas organizaciones.

Sin embargo, vivía aún en 1894, cuando Gladstone, el gran estadista británico, dio un paso más allá en la idea de

organizar un tribunal de arbitraje y propuso un tribunal internacional permanente. Philip Stanhope, un amigo del Viejo Gran Hombre, fue quien llevó la propuesta de Gladstone a la Unión Interparlamentaria de 1894 y logró que la idea de organizar un tribunal internacional llegara a los Gobiernos miembros de la Unión. Alfred Nobel vivió para ver el comienzo de estos trámites, que lograron sus objetivos solo tras su muerte: la convocatoria de la Conferencia de La Haya [1899] y el Tribunal Permanente de Arbitraje [1899]. La muerte de hombres como Alfred Nobel, Moritz von Egid y Johann von Bloch supuso una pérdida enorme para el Movimiento por la Paz. Es cierto que sus ideales y las obras que emprendieron en vida siguen vivas, pero si ellos estuvieran entre nosotros, ¡cuánto habrían ayudado su presencia, su influencia y los efectos de sus obras a acelerar la expansión del Movimiento! ¡Con cuánta valentía habrían emprendido la lucha contra los militaristas que abogan todavía hoy por mantener vigente el viejo y agonizante sistema!

El viejo sistema está condenado al fracaso. Apenas nace un sistema nuevo, el viejo debe perecer. La convicción de que algo así es posible, de que es necesario, y que sería como una bendición tener asegurada por vía judicial la paz entre los países está ya profundamente arraigada en todas las clases sociales, incluidos aquellos en los que se detenta el poder. El proceso está delineado claramente, y muchos trabajan ya en él, de manera que se llevará a cabo más pronto o más tarde. Tan solo unos años atrás, no había un solo miembro del Gobierno que profesara las ideas del Movimiento por la Paz. Hoy, muchos jefes de Estado lo profesan. El primer estadista que se mostró oficialmente de acuerdo con una Unión Interparlamentaria fue, lo recuerdo, el señor Steen, primer ministro noruego. Fue John Lund el encargado de llevar la noticia,

que causó sensación en la época, al congreso de la Unión Interparlamentaria de 1891 celebrado en Roma. Además, el Gobierno noruego fue el primero en sufragar los gastos de viaje de los miembros de la Unión Interparlamentaria y el primero que subvencionó la Oficina Internacional por la Paz en Berna. Alfred Nobel tenía buenas razones para confiarle al Parlamento noruego la administración de los fondos que legó para promover la paz.

Echemos un vistazo al mundo de hoy y comprobemos si tenemos realmente razón a la hora de reconocer el desarrollo del movimiento pacifista y los grandes resultados que ha conseguido. Una guerra terrible, sin precedentes en la historia, estalló recientemente en el Lejano Oriente.<sup>1</sup> A esta guerra le siguió una revolución, aún más terrible, que sacudió al gigante ruso, una revolución cuyo desenlace no podemos prever. Nos llegan continuamente noticias de incendios, saqueos, bombardeos, fusilamientos, cárceles sobrepobladas, palizas y masacres; en definitiva, una orgía de violencia demoníaca. Mientras tanto, en la Europa central y en la occidental, que evitaron por poco la guerra, tenemos miedos, recelos, amenazas, ruido de sables, una prensa hostil a la paz, una febril actividad en los astilleros, rearme por doquier. Aparecen en Inglaterra, en Alemania y en Francia novelas en las que la amenaza de un futuro ataque por sorpresa del vecino es un estímulo para una carrera armamentística aún más enfervorizada. Se construyen líneas de defensa, submarinos, se minan campos, se ensaya el uso militar de los dirigibles y todo ello se hace con tanto celo que pareciera que atacar al prójimo fuera la más importante e inevitable razón de ser de un Estado. Incluso el programa de mano de la segunda Conferencia de La

1 La guerra ruso-japonesa de 1904-1905.

Haya que está por celebrarse [1907] la muestra como si fuera un consejo de guerra. Ahora, a la vista de estos acontecimientos, ¿podemos decir todavía que progresa el Movimiento por la Paz?

Bueno, lo evidente no debe cegarnos, debemos ver también los nuevos brotes. Debemos entender que dos filosofías, dos eras de la civilización, luchan entre sí y que un ánimo nuevo y vigoroso está a punto de suplantarse al viejo, abusador y amenazante. El nuevo espíritu ya no es algo vago y sin forma, ya está ampliamente asentado y decidido a sobrevivir. Además del Movimiento por la Paz, que es más un síntoma de cómo cambia el mundo que una causa, se está desarrollando un proceso que lleva a la internacionalización y a la unificación. Los factores que contribuyen a acelerar el proceso son los avances técnicos, la mejora de las comunicaciones, la interdependencia económica y unas relaciones diplomáticas más estrechas. El instinto de conservación de la humanidad, al actuar casi inconscientemente (como lo hacen todos los impulsos de la mente humana) se rebela contra los sistemas cada vez más sofisticados de aniquilación y contra la destrucción de la humanidad.

Como complemento al esfuerzo inconsciente que persigue una era sin guerras, hay gente que trabaja deliberada y conscientemente por este objetivo, que tiene claros los puntos esenciales de los planes a seguir, que busca maneras de alcanzar el objetivo de la paz lo antes posible. El primer ministro británico, el señor Campbell-Bannerman, ha vuelto a tratar la cuestión del desarme. El senador francés, el señor D'Estournelles, trabaja para conseguir una entente franco-alemana. Jean Jaurès llama a los socialistas del mundo entero a unirse contra la guerra. Un estudioso ruso, el señor Novikov, aboga por una alianza séptuple que incluya y confedere las mayores potencias del mundo. El señor Roosevelt



ofrece acuerdos de arbitraje entre todos los países y pronunció lo siguiente en un mensaje al Congreso estadounidense: «Debe ser en nosotros incontestable el deber de esforzarnos y utilizar todos los medios posibles para que llegue el momento en que la espada no sea el árbitro que regule las relaciones entre los países».

Quisiera detenerme un momento en la cuestión de los Estados Unidos. Esta tierra, que ofrece oportunidades sin fin, se caracteriza por una gran capacidad para llevar a cabo nuevos y atrevidos planes organizados con gran imaginación y de enorme alcance, muchas veces utilizando los métodos más sencillos. En otras palabras, es una nación de conceptos idealistas y de capacidad práctica en la ejecución de los ideales. Tenemos la sensación de que el movimiento pacifista tiene muchas posibilidades de conseguir importantes apoyos en Estados Unidos y de encontrar una fórmula sencilla que permita llevar a cabo los objetivos. Las palabras que acabamos de citar revelan que el señor presidente ha comprendido perfectamente en qué consiste nuestro trabajo. Los métodos se resumen en los siguientes objetivos, que se incluyen en el programa de la batalla por la paz que se libra en Estados Unidos: a) tratados de arbitraje, b) tratados de paz entre los países, c) la creación de un organismo internacional con fuerza suficiente para hacer que prevalezca el derecho internacional entre los países, como lo hace entre los estados de Estados Unidos, y que gracias a él pueda ser erradicada la necesidad de recurrir a la guerra.

Cuando el señor Roosevelt me recibió en la Casa Blanca el 17 de octubre de 1904, me dijo: «La paz mundial está al llegar, no hay duda, pero viene despacio».

Y así es. Por muy claramente que la veamos, por mucho que nos parezca cercana y creamos que tenemos la meta al

alcance de la mano, el camino que nos lleva hasta ella se recorre paso a paso, y tras superar incontables obstáculos.

Nos enfrentamos, además, a una meta que millones de personas no ven o que, si la pueden ver, consideran un sueño utópico. No hay que olvidar que en la guerra están involucrados enormes intereses, intereses que intentan mantener el viejo orden y alejar la meta de la paz. Los seguidores del viejo orden tienen un importante aliado en la ley natural que es la inercia de la humanidad, que supone (por decirlo así) una defensa natural contra los cambios. Por tanto, el pacifismo no se enfrenta a una guerra fácil. La cuestión de si entre los Estados imperará la violencia o la ley es el más importante y vital de los problemas de nuestra turbulenta era, y el que tiene repercusiones más graves. Los beneficiosos resultados que trae consigo la paz mundial son difíciles de imaginar, pero aún más difíciles de imaginar son las consecuencias de la amenaza de una guerra mundial que muchos, con razones equívocas, están dispuestos a provocar.

Los defensores del pacifismo son conscientes de la escasa influencia de los recursos de que disponen, y del poco poder personal que tienen. Saben que todavía son pocos y con poca autoridad, pero cuando se ven de manera realista y ven el ideal al que sirven, se ven a sí mismos como servidores de la mejor y más importante de todas las causas.

De la solución de este problema depende que nuestra Europa acabe como un escenario lleno de ruinas y fracasos, que podamos evitar el peligro de la guerra y podamos entrar lo antes posible en una era de paz y de respeto de la ley, un tiempo en el que se podrá desarrollar una civilización de inimaginable gloria.

Todos los aspectos de la cuestión deberían ser tratados en la segunda Conferencia de La Haya, no solo los asuntos

relacionados con las leyes marítimas y el derecho de guerra en el mar, el bombardeo de puertos, ciudades y pueblos, el minado de tierras.

El contenido de la agenda de la Conferencia demuestra que los partidarios de la estructura social existente, los que aceptan el uso de la guerra, llegan a una conferencia de paz preparados para modificar la naturaleza de la guerra. Básicamente, lo que tratan de mantener intacto es el sistema que ya existe. Los defensores del pacifismo, dentro y fuera de la Conferencia, sin embargo, defenderán sus objetivos y darán un paso más hacia la meta, la meta que, según las palabras del señor Roosevelt, confirman el deber de su Gobierno y de todos los Gobiernos, el deber de acercar «el momento en que la espada no sea el árbitro que regule las relaciones entre los países».